

Excmo. Sr. D. Antonio Comas de Castilleja

7-44

NECROLOGÍA

32/p

D. GONZALO DE MURGA

Y MUGARTEGUI

POR

D. CESÁREO FERNÁNDEZ DURO



MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE L. REAL CASA

calle de la Libertad, núm. 16

1883

ATA
4150



Suburic
Water 2500

M- 24754

R- 40443

ATA
4150

NECROLOGÍA

D. GONZALO DE MURGA

Y MUGARTEGUI

POR

D. CESÁREO FERNÁNDEZ DURO

MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

calle de la Libertad, núm. 16

1883





NECROLOGÍA

DON GONZALO DE MURGA Y MUGARTEGUI.



ACE ahora seis años que noticié, con sentimiento, á la Sociedad Geográfica la partida á mundo mejor de un geógrafo instruido, intrépido viajero y literato original; *el Hach Mohamed el Bagdady*, por otro nombre *el moro vizcaíno*, ó D. José María de Murga y Mugartegui, según los suyos propios, que habiendo vivido largo espacio con las kábilas que pueblan el Imperio de Marruecos, nos legó peregrina relación de las costumbres y preocupaciones de esa gente, tan digna de especial estudio, con otros títulos indiscutibles para inscribirle entre los españoles de este siglo que, con la inteligencia y la abnegación, han contribuído al progreso de la ciencia; y hoy, otra vez, voy á hacer luctuosa memoria de un geógrafo, borrado de la lista de los vivos, prematuramente, con relación á la ordinaria marcha de la humanidad.

D. Gonzalo de Murga, hermano menor de José María, dotado como éste de clarísimo talento, de vehemente afán de investigar, de juicio recto y de las más bellas prendas personales, deja en nuestra asociación un vacío doblemente sensi-

ble por los puntos de semejanza que tuvo con *el Bagdady*. Acaso fué la parte física en la que menos se parecieron, ajustándose la figura larga, enjuta y nerviosa del menor al tipo vascongado, mucho más que la del moro. La elegancia de José María, y el abandonado ademán de Gonzalo; la distinción de modales de aquél, y la naturalidad de los de éste; la energía superior en el primero, y la mayor tenacidad de carácter en aqueste, con el sello indeleble que los hábitos de la juventud marcaron en uno y otro, señalaban diferencias perceptibles entre los dos hermanos que, por lo demás, tuvieron de común extraordinaria facilidad para la adquisición de toda especie de conocimientos, singularmente el de las lenguas, afabilidad, consideración y tolerancia excepcional en el trato social, y, más que afición, pasión verdadera por los viajes.

Gonzalo eligió por vocación la marina, como la carrera más á propósito á la satisfacción del deseo de cruzar en todas direcciones la superficie de la tierra, y llegó á la ciudad de San Fernando, convocado con otros ciento, de que van quedando pocos, á inaugurar el Colegio naval militar, nuevo plantel de la Armada, que se abría empezando el año de gracia de 1845. Allí cursó, con buenas notas de concepto, los estudios técnicos, abreviando su duración reglamentaria, sin grandes esfuerzos de imaginación, antes robando á las matemáticas y á la astronomía náutica buenas horas, dedicadas subrepticamente á la historia y á las relaciones de viajes, lectura favorita á que sacrificaba también los intervalos del recreo, empleados por los demás colegiales en activas y ruidosas manifestaciones, y á que dedicó más tarde predilecta y excesiva atención, con perjuicio del órgano de la vista, aunque con fruto copioso de erudición, de discernimiento y de reflexión madura.

Murga salió en la primera promoción, sin que al aprecio de jefes y compañeros empeciera la fama adquirida de reservado y original, porque no era de los que temprano se amoldan en la turquesa vulgar de las acciones y pensamientos, sino que dejaba sin retenida al instinto, naturalmente ingenio y bueno.

Un recuerdo de aquellos tiempos dará á entender, mejor

que nada, de qué modo fué Gonzalo mereciendo esa fama. Hallándose en clase dijo el profesor, llamándole á la pizarra:

—Sírvasse V., señor de Murga, decir cómo se halla el volumen de una esfera.

—Por la fórmula $\frac{4}{3} \pi r^3$, etc., etc.

—Bien, bien; demuéstrela V.

Murga permaneció callado.

—He dicho—repitió el profesor,—que demuestre V. el teorema.

—Sí señor, he comprendido, pero es el caso que no me parece necesaria la demostración.

—¿Qué está V. diciendo?—replicó el profesor sorprendido.

—Digo, que Cirode, La Croix, Odriozola y otros caballeros que me merecen entero crédito, lo tienen ya demostrado.

—Síntese V... Cuando lleguen los exámenes veremos si los señores del tribunal se satisfacen con esa respuesta.

—Peor para ellos.

Una vez á bordo, empezó para nuestro amigo una serie de desengaños que mataron en flor sus ilusiones: la vida del guardia marina que alegremente sobrellevan los jóvenes, cuadraba mal con su temprana aspiración á la independencia, aspiración que había de ser después la más poderosa é influyente en su destino. Pedir permiso para pasear ó para acostarse, tener fiscalizadas todas las acciones, partir cien piés cuadrados de habitación entre doce camaradas traviosos é informales, que así respetan los derechos como los escrúpulos de los demás; carecer de aire y de luz; haber de renunciar á los libros y á la tierra; comer mal, no dormir bien, pasar el tiempo en repetidos ejercicios, inspección de ranchos y baterías, limpieza de metales y otras cosas, y todo ello sin más necesidad ni utilidades que la demostración del πr á juicio de Murga, le hizo muy poco simpático un servicio tan distinto del de el Almirante, dueño de una cámara espaciosa, con balcón y macetas de geranios, si se quiere; de una canoa que se dirige á cada momento al punto del deseo, y de la voluntad de cientos de hombres, siempre atentos á la voz que ordena maravillas. ¡Lástima que por Almirante no se empiece!

Si algo hacía tolerar al guardia marina rehacio la privación de iniciativa, era la extraordinaria é interesante comisión que había recibido su buque, la corbeta *Ferrolana*, enviada á dar la vuelta al mundo por las derrotas aproximadas de Cook, Bougainville, Malaspina, releídas por él antes, anotadas y comentadas después, á medida que el testimonio de los ojos confirmaba ó modificaba la primera impresión en las costas y poblaciones del Brasil y la Plata, en las desoladas tierras de la Patagonia, en las ciudades hospitalarias de chilenos y peruanos, seguidos en panorama continuo de las islas del Pacífico, de Australia, China, Filipinas, Malaca, Ceilán, Calcuta, con las escalas de Africa.

De alférez de navío visitó Murga las Antillas, muy satisfecho de la suerte que le había puesto en un vaporcillo destinado á la persecución del tráfico negrero, ya que cruzaba constantemente entre islotes, canalizos y arrecifes, en las partes inhabitadas y más agrestes de la isla de Cuba. Podía á su satisfacción dedicarse al estudio de la naturaleza en estado primitivo, penetrando en los bosques, corriendo las sabanas, esguazando las ciénagas y ejercitando alternativamente la red y la escopeta, mientras la inmediatez de ingenios, cafetales ó potreros no le consentía considerar á sus anchas el cultivo y la industria tropicales, los hábitos de vegueros y guajiros y la situación de los esclavos africanos en el trabajo y en el conuco.

Alguna vez puso en cuidado á sus compañeros, viendo llegar la noche sin que regresara á la playa en que ordinariamente desembarcaba solo con la fresca de las once del día; mas al fin se acostumbraron á estas ausencias que explicaba con la mayor sencillez por haberle entretenido un combate de hormigas bravas, el rastro de un majá ó la carrera de un pavo real herido, perdiéndose en el monte, donde á voluntad elegía siete pies de claro que le sirvieran de lecho. Las provisiones jamás le inquietaron: cotorras, jutías, cangrejos, coruas ó flamencos no faltaban, en ausencia de pieza mejor, ni leña con que aderezarlos, y como es bueno probar de todo, por resultado de sus expediciones enseñaba cómo se desuella la iguana, se desentierran los huevos de tortuga, se cocina

el puerco cimarrón en *barbacoa*, se hace ensalada de cogollo de palma, con otras mil operaciones culinarias tan apetitosas y entretenidas, que las echaba de menos al volver á la Península.

Aquí otra vez, labró en su cerebro la idea de la independencia, instalándole á solicitar el retiro del servicio, sin que las reflexiones de parientes y amigos consiguieran vencer la obstinación de su empeño más que por un plazo de ensayo que consintió en pasar destinado en la comandancia de Marina de San Sebastián, próximo á su casa y familia, sin gran cosa que hacer.

Esto era en 1856, y casi tres años se resignó con el método sedentario de aquella vida, que llegó á serle insoportable, atacado de pasión de ánimo, de continuo malestar, de alucinación, que le presentaba triste el cielo, las mujeres feas y larguísimo el tiempo. Rompió, por tanto, con escrúpulos y consideraciones; renunció el destino y emprendió de lleno el camino de las aventuras, recorriendo primero gran parte de Europa, pasando después á los Estados Unidos de América, yendo al fin á la América Central, que no conocía y que por la vegetación, la fauna y la escasez de europeos le atraía preferentemente.

La reserva que guardó respecto á las ocurrencias de esta época de sus viajes, sólo permite conjeturar que fueron muy varias, ricas en emociones y vicisitudes, por alguna de las cuales se vió en el trance de trabajar con sus manos. Ello es que al acordarse la anexión de la isla de Santo Domingo, al entrar la escuadra española en la bahía de Samaná, hallaron los oficiales á su antiguo compañero Gonzalo de Murga, en traje de guajiro, viviendo alegremente en una casa de campo, situada en el monte, dominando la mar, y que su llegada fué motivo para que abandonara la primera colonia de los Reyes Católicos, dando la vuelta á los penates.

Sea porque estuviera en parte satisfecho el afán de correr mundo ó porque los años ejercieran la influencia á que pocos se sustraen, tras nueva excursión por las provincias de España, vino Gonzalo á fijarse en Madrid y obtuvo en la Dirección de Hidrografía el destino que conservaba, con la ca-

tegoría de teniente de navío verde é inviolable, según su expresión (1).

Pudiendo aspirar justificadamente á hacer papel en la política ó la administración, nunca le ocurrió cambiar la modesta tarea que había elegido, ni ambicionó riquezas ni distinciones. Hombre de escasas necesidades y más escasas pretensiones, alquiló una habitación aislada que hubo en la cúspide de la calle del Almirante, á unos 35 metros sobre el nivel actual de las Salesas, con el frente al Oriente, mucha luz, ventilación y horizonte, que era lo que siempre buscaba. La sala de recibo convirtió en biblioteca, herbario y taller de carpintería, teniendo en el centro una estufa que mantenía allí la temperatura de Puerto Rico: el gabinete servía de dormitorio, y con reserva de otro cuarto destinado á las abluciones, del resto de la casa disponía un muchacho huérfano que recogió en Londres, que educó con cariño, y que por cierto le dió mal pago. La aversión á todo yugo le alejó del matrimonio, y de las reuniones y sociedades, cuyas fórmulas y cumplimientos detestaba cordialmente, y como por estar dotado de un olfato delicadamente sensible sufría mortificación en lugares de gran concurrencia y huía, por consiguiente, de cafés, teatros y sitios en que se fumara ó hubiera iluminación artificial, su vivir, aparte de pocas y buenas amistades que frecuentaba con familiar franqueza, era retraído y ocupado en largos paseos y constantes estudios, que fueron ensanchando sus conocimientos ya vastos en historia, literatura universal y geografía, como base, en cuanto abarca el movimiento intelectual europeo y predilectamente en botánica y geología entre las ciencias naturales. Ni de las escuelas filosóficas eligió sistema por que romper lanzas, ni de las políticas se preocupó más, aparte la tendencia individualista señalada. Algunos le creyeron escéptico, extraviados en el juicio por el genio burlón, que daba á su trato singular atractivo; burlábase, sí, de todo; de sus mejores ami-

(1) Aludiendo al color con que están tejidas las insignias de los oficiales de este centro.

gos, de su misma persona, pero sin intención de zaherir, por predisposición á ver de pronto el lado ridículo que tienen todas las cosas. Al morir su hermano José María, le ocurrió poner en *La Correspondencia de España*, orlado de negro en la acostumbrada cuadrícula, este anuncio:



DON JOSÉ MARÍA DE MURGA

Y MUGARTEGUI

(a) *El Hach Mohamed el Bagdady,*

HA FALLECIDO EN CÁDIZ, DESPUÉS DE CINCO DÍAS DE CAMA, EN LA MAÑANA
DEL 1.º DE DICIEMBRE DE 1876.

Su hermano Gonzalo anuncia esta, para él, lastimosa é inapreciable pérdida, á fin de que llegue á conocimiento de los parientes y amigos del difunto, que se hallan en Madrid.

No se reparten esquelas.

Ni se suplica nada.

De aquí la suposición de escepticismo, cuando en realidad no había otra cosa en el aviso que protesta contra la vanidad, contra las fórmulas verdaderamente ridículas que tanto favorecen los intereses de los cocheros y de los periódicos en que por centímetros de superficie se hace declaración de la fortuna del finado. Gonzalo de Murga dejó escrito en su diario, que con llanto copioso asistió en el cementerio de Cádiz á una misa de sufragio, expresamente encargada por él, cuando visitó el año de 1879 el lugar que ocupan los restos mortales de su hermano.

— No ha faltado tampoco quien le calificara de excéntrico, de original, de estrafalario, porque, según he dicho, no se ajustaba á la medida del vulgo, y pasando el verano en la villa del oso y del madroño, marchaba, siempre que podía, á *invernar* en alguno de los puertos más templados del Medite-

rráneo, dando rienda á la afición no extinguida de variar de paisaje á la vez que se defendía del frío, mortificante al temperamento que había adquirido en climas intertropicales, sin dársele un ardite de la caprichosa deidad á que tantos críticos sacrifican comodidad y bolsillo. Con todas esas censuras, así fuera común entre nosotros la bondad, la tolerancia, la generosidad, la ilustración, que hacían de Gonzalo un hombre amable en la genuina significación de la palabra.

Le sorprendió la muerte (1) cuando se preparaba para otra serie de aventuras en el Imperio celeste; tenía concluidos los estudios preparatorios, formado el proyecto y los itinerarios, y decidida la marcha en el verano próximo, solicitando antes el retiro definitivo del servicio de la marina.

Á ser tan amigo de escribir como lo fué de la lectura, hubiéranos dejado frutos provechosos de su saber, mas aparte de los trabajos oficiales, que fueron muchos y buenos (2), nada serio quiso redactar, y menos que se imprimiera lo que por pasatiempo y familiar correspondencia cambiaba con sus amigos; por rareza prestó su valiosa colaboración al *Diccio-*

(1) Murió en Madrid el 19 de diciembre de 1882. Nació en Bilbao en 1830.

(2) La Dirección de Hidrografía ha dado á luz con su nombre:

Derrotero de las islas Antillas y de las costas orientales de América, desde el río de las Amazonas hasta el cabo Hatteras.—Parte primera, que comprende las islas Antillas, Bermudas y de Arena.—Madrid, 1863.—8.º may., 799 páginas.

Derrotero del Archipiélago de las Azores ó Terceiras.—Madrid, 1866.—8.º may., 136 pág.

Derrotero de las islas Antillas.—Parte segunda.—Madrid, 1867.—8.º may., 682 pág.

Consideraciones generales sobre el Océano Índico.—Madrid, 1869.—8.º may., 298 pág.

Derrotero de la costa occidental de Francia y de ambas costas del Canal de la Mancha.—Madrid.—8.º may., 567 pág.

Derrotero de las islas Antillas.—Parte primera.—Nueva edición aumentada.—Madrid, 1870.—567 pág.

Derrotero general del Mediterráneo.—Tomo I en publicación: redactó los capítulos referentes á España.

Anuario de la Dirección de Hidrografía.—Veinte volúmenes.—Aunque contienen trabajos de varios autores, estuvo á su cargo la redacción y publicación.

nario Marítimo y al *Almanaque y Anuario de mareas* (1) que con él dieron á luz D. Martín Ferreiro y D. José de Lorenzo, compañeros de la Dirección de Hidrografía, y por acaso, sin que pareciera su nombre en la portada, puso á la stampa un opúsculo de oportunidad y circunstancias al iniciarse la revolución de 1868, opúsculo cuyo solo título *De la abolición de la esclavitud en las islas de Cuba y Puerto Rico* (2) hace su elogio.

Quedan, no obstante, escritos de los confidentiales, trazados con espontaneidad y donaire, de que pocos han disfrutado. El primero de éstos fué un *Diario de la Vuelta Mundo*, ilustrado con dibujos á pluma, que con grandísima facilidad intercalaba también en las cartas. De los viajes por España y cruces en Cuba sacó material para muchas epístolas que andan esparcidas. En una de las que yo conservo pinta y describe la figura de catorce mocitos aficionados á la numismática, que habiendo detenido el coche en que atravesaba la provincia de Ciudad Real, y brindado galantemente á los viajeros á ponerse boca abajo sobre la nieve, registraron los bolsillos y se fueron sin dejar más que algunos coscorriones al postillón. Refiere que había entre sus acompañantes quien temblaba... de frío, por supuesto.

Otro viaje á Portugal le entretuvo posteriormente como precursor del de Andalucía, y el circunmediterráneo, más extensos, más curiosos, más chispeantes, aunque por desgracia acabó el segundo en Nápoles, frustrado el proyecto de recorrer Grecia, Turquía y Egipto. Por último, viaje fantás-

(1) En el *Almanaque* para 1868 puso la denominación de los rumbos de lo rosa náutica en veinte lenguas, á saber: español, portugués, francés, inglés, alemán, holandés, sueco, danés y noruego, ruso, filandés, italiano, griego, turco, árabe, lascar, chino, malayo, japonés, hawaiano, taitiano y carolino.

(2) *De la abolición de la esclavitud en las islas de Cuba y Puerto Rico*.—Sumario.—Introducción.—De las impertinentes reclamaciones que la detienen.—De las fantásticas perturbaciones que la combaten.—De las medidas insuficientes para conseguirla.—De los medios eficaces, aunque no heroicos, para llevarla á cabo.—Madrid, Imp. de Fortanet, 1868.—En 8.º may., 24 pág.—El tema es: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos son los únicos que manan*.

tico á las islas Marquesas sirvió de tema á una novela, tan original como todo lo suyo, lo que no quita que intentara persuadir á sus más afectos de haberla traducido de la que escribió en inglés un imaginario, Herman Melville.

Canta en la novela las excelencias de la vida salvaje con la dulzura de costumbres de una tribu de caníbales de Nuka-Hiva, y descargando la responsabilidad en el tal Melville, escribe:

«Cuando la sociedad se halla en su estado primitivo, los goces de la vida, aunque pocos y sencillos, están exentos de contrariedades, al paso que la civilización por cada ventaja que ofrece mantiene en reserva males sin cuento; envidias, rivalidades, disensiones de familia, que con las mil trabas impuestas por uno mismo, componen la enorme suma de infelicidad humana, desconocida de aquella gente.

«El habitante de la Polinesia, rodeado de los ricos dones de una pródiga naturaleza, goza existencia infinitamente más dichosa, aunque menos ideal que el europeo, satisfecho de sus progresos.

«Se dirá que seres sin conciencia y faltos de principios, son antropófagos; es cierto, mas solamente lo hacen por saciar la pasión de la venganza en los cadáveres de sus enemigos, y quisiera yo saber si el hecho de comer carne humana excede mucho en barbaridad á los suplicios conservados hasta pocos años ha en Inglaterra y á los que todavía se practican en algunos de los Estados de la Unión Americana...

«El diabólico ingenio que demostramos para inventar toda clase de máquinas mortíferas, el espíritu de represalias que usamos en las guerras, la miseria y la desolación que van en pos de ellas, son causas suficientes para declarar al blanco civilizado como la bestia más feroz que existe en la faz de la tierra.

«El epíteto de *salvaje* se aplica con frecuencia impropriamente, y á la verdad, cuando considero los vicios, inhumanidades y horribles atentados de toda clase que germinan en la inficionada atmósfera de una civilización inquieta y febril, juzgo yo, que si no se mirara más que á la relativa perversi-

dad, de las partes, cuatro ó cinco isleños de las Marquesas, enviados de misioneros á los Estados Unidos, serían exactamente tan útiles como un número idéntico de anglo-americanos despachados á sus islas en igual capacidad.»

Es de advertir, que tanto el supuesto autor, como el héroe de la novela, son naturales de los Estados Unidos, y que sus reflexiones están de acuerdo con la corriente que prevalece en Broadway, contraria á muchos actos de ingleses y franceses en el Pacífico: láméntanse, por tanto, del sistema civilizador que ha despoblado las islas, llevando á los pobres kanacas vicios y enfermedades espantosas á cambio del territorio de que han sido despojados y cuentan divertidas ocurrencias diplomáticas como ésta.

Estando la escuadra francesa en Nuka-Hiva, arribó una corbeta americana, cuyo comandante, tras los cumplidos de costumbre, quiso informarse de la situación en que había quedado el Rey de los indígenas, para ofrecerle acatamiento en el caso que sus protectores lo estimasen oportuno. Manifestó el jefe francés que la influencia civilizadora de su Nación se había hecho sentir desde luego, que los Reyes recibirían con el mayor gusto y distinción la visita de la oficialidad norteamericana y se dignarían devolverla, honrando con su presencia el bajel de guerra de una nación amiga. En efecto; engalanado él con un vistoso uniforme de capricho, luciendo su cara esposa sedas y plumas de todos los colores del iris, llegaron á la corbeta con lucido estado mayor de los franceses. Con porte majestuoso pasaron ante la tripulación, que en parada presentaba las armas, y nada notable ocurrió hasta llegar á la popa, donde un marinero de servicio lanzaba una amarra á la falúa, y al efecto tenía remangadas las mangas de la camisa. La Reina observó que el marinero tenía en el antebrazo un hermoso ramo de flores entre líneas taraceadas de azul y rojo, y mirándolas con suma complacencia, rápida como el pensamiento, recogió el guardapié, mostrando á la asombrada formación que en las posaderas reales existían dibujos muy parecidos; acción natural en quien tanto tiempo había llevado el fresco y sencillo traje del Paraíso.

El manuscrito contiene resumen histórico de las islas desde el momento de su invención por Álvaro de Mendaña, y cumplida descripción del suelo, rugosidades, fauna y flora, con más extensa mención de los kanacas; sus usos, industria, lenguaje, y tocado de aquellas doncellas de color de limón, que no atormentan pianos ni leen novelas insustanciales.

Saltando del Pacífico al Mediterráneo, en virtud de la poestad que según el mismo Murga alcanzarán nuestros nietos, de desayunarse en la cumbre del Guadarrama, almorzar en Tombuctú, tomar un pisolabis en la isla de Santa Elena, comer entre los hielos de Nueva Shetland y volver por la noche al jardín del Buen Retiro á hora conveniente de contar las emociones del día, saltando, digo, desde el estado primitivo del hombre al que alcanzan los pobladores de Francia é Italia, el viajero vizcaino anota día por día en otro volumen lo que se ofrece á su vista y lo que á la impresión responde el pensamiento, aunque la locomotora la lleve más aprisa que la pierna mágica de Meinherr Vonder Block. Cada lugar tiene una leyenda, una tradición, un hombre célebre, un edificio, una costumbre ó un producto, que va recordando, y la naturaleza, con admirable variedad, los ha dotado de atractivos sorprendentes. Dentro del carruaje mismo se suceden las personas de todas edades, figuras y nacionalidades, que en las estaciones se mueven con rapidez; los empleados, los vendedores, los guardianes de la seguridad pública; los vehículos con sus conductores, los que brindan albergue y servicio acrecientan la serie de tipos, que no desperdicia por temor de llenar las celdillas de la memoria.

Sigue Murga un método que en nada se parece al de los escritores de viajes, si método puede llamarse á lo que no tiene regla. Por lo ordinario, llegando á una ciudad, empieza por subir á una torre ó altura culminante y dominar el conjunto; examina los alrededores; juzga de los montes, ríos, bosques y jardines, dando, por consiguiente, primacía á la naturaleza, su amante. Visita los lugares públicos, sin olvidar los mercados, en la hora de la contratación, ni los cementerios; procura conocer en seguida la habitación y la vida

de las clases menos acomodadas, posponiendo los monumentos y los museos, á que ordinariamente se concede preferencia, no porque no le brinden agrado, sino por ser más fácil conocerlos, por lo mismo que tantos los describen y que la fotografía los vulgariza. Va recogiendo dichos agudos, gritos de mercaderes ambulantes, cuentos de *cicerones* ó cocheros, y tan rápida y varia es su narración, que difícilmente se forma idea del conjunto por períodos tomados al azar. A darla del estilo, no bastan tampoco párrafos sueltos, porque si en lo normal adopta la pauta de los diarios de á bordo, con arrumbamientos, situaciones y no escaso tecnicismo náutico, en ocasiones acude á cualquiera de las lenguas que se hablan en Europa, no por alarde—que por entender mejor á los extranjeros, muchas veces aparentaba no entenderlos,—por dar, como da, mayor gracia á la expresión que le ocurre.

Es probable que tenga yo el poco tino de elegir fragmentos de los menos notables; de todos modos, habiéndome propuesto copiar alguno, llevo al lector á la *Campania felice*.

A nuestro viajero no le pareció del todo *felice* para el sexo femenino, que azada en mano toma en los trabajos agrícolas la misma parte que el masculino: observando, en compañía de dos inglesas jóvenes y una ídem vieja, el blanco penacho del Vesubio y las enormes rosas verdes, sin espinas (por acá llamadas coles), que produce la campiña; llegó por primera vez, en día festivo y lluvioso, al torno que dominicalmente se franquea, *gratis et amore*, á los visitantes de Pompeya, si bien no se les facilita guía.

Andando al acaso, dice:

«En esta situación se me acerca un harapiento mozalvete que parece se lava con *velutina* de sartén, el cual, á pesar de mis protestas, y mal de mi grado, porfía en que he de acompañarle al templo de Nísida, tanto, que comienzo á sospechar si será algún descendiente del postrer sumo sacerdote isíaco, el cual ha encontrado en mi persona los pelos y señales que deben adornar, según acreditadas profecías, al dichoso mortal destinado á incautarse del inmenso tesoro que el sabio Hermes, el del cinturón flamígero, dejó escondido en este lugar, cuando salió huyendo de la quema. Mi fuliginoso

acompañante, después de minuciosas explicaciones y de un largo discurso que debía ser muy bello, aunque por ser en dialecto napolitano no le entendí yo más que si hubiera sido dicho en la lengua de los Faraones, me hace dar tres vueltas alrededor del desierto santuario; me hace asomar á un pozo cuadrado, antiguo altar, por cuyo fondo corre el Sarno silencioso; y á continuación, cruzándose en la puerta, me extiende la mano en ademán de suplicar ochavos. Y mientras me había entretenido con sus logogrifos, habían desfilado las inglesas, dejándome *solingo, errante é mísero* en medio de esta verdadera necrópoli, cuyas angostas y desiertas calles recorro sin más compañía que la de mi fiel paraguas.»

Preparado con esta primera visita, en la segunda describe lo más notable acometiendo valientemente los asuntos delicados.

«Sírigo, cuenta, era indudablemente el personaje más caracterizado de toda la vecindad y su casa se distingue de las demás por las columnas del peristilo, verdes ó sea del color de que fué la vergüenza del amo, y además por tener ante el umbral de la puerta, no la ordinaria *Have*, salutación común y corriente, sino la más significativa de *Salve lucro*, que es como si dijéramos, dame cuartos y llámame todo lo tonto que quieras. En efecto, este Sírigo que tan dispuesto estaba á recibirlos, vinieran como vinieran y de donde vinieran, diciendo no lo hacía por él sino por ocurrir á la numerosa prole de que lo había dotado Cunia Cornelia, su cara mitad, no desperdiciaba ripio con tal que como á buen padre le ayudase á sacar adelante la familia, así que, no satisfecho con tener al lado una gran tahona en la que fabricaba y expendía pan, si bien escasito de harina, sobrado de yeso, lo mismo prestaba al mil por ciento mensual, como compraba barata cualquier clase de mercancía animada ó inanimada, de cuya procedencia nunca quería saber nada, ó se encargaba de ultimar diversas y variadas clases de negocios de muchos de los cuales ejercía el exclusivo monopolio.

«Enfrente de casa de Sírigo se ven pintadas en la pared dos enormes serpientes, con un letrero en griego, ó al menos con caracteres que para mí lo son, el cual dice *Gente*

ociosa y baldía! ¡No es aquí lo que buscáis; seguid adelante y cuidado no vayáis á derribar la muestra con las astas!

«Esto, según mi guía me dice, refiriéndose á lo interpretado por los sabios, lo puso el dueño de la casa, que era un boticario que tenía un par de hijas, boticarillas muy guapas, y que estaba aburrido de que la gente extraña marinera que abundaba en el entonces puerto de Pompeya, creyendo que todo el campo era tomillo, se colase á cada paso en su oficina, tomándola por otra que había en la esquina de más arriba. ¡Estos sabios son para averiguar el mismo diablo!

«La dicha vecindad del farmacéutico no debía ser ningún colegio de vestales, según lo demuestra la muestra que brilla sobre la puerta y lo indica la multitud de pinturas interiores. Se ofrece á la vista en el *tablino* ó estrado, una especie de marmóreo púlpito ó mostrador donde la *dame de comptoir*, no fiándose de vana palabrería, llevaba á efecto la debida anticipada recaudación; y además, en las paredes de los aposentos más recónditos se registran y leen numerosos certificados expedidos por los más constantes y entendidos favorecedores, en los cuales, firmado con el nombre y sellado con el anillo correspondiente, se especifican, detallan y circunstancian las cualidades, particularidades y habilidades de la mercancía.

«En casas de particulares se ven, como aquí, pinturas que, aunque fresquísimas en todos los sentidos y acepciones, no significan que sus dueños ó usufructuarios tuviesen menos puntos que el resto de sus paisanos y contemporáneos para ser desechados por el diablo; al contrario, dan á entender la religiosidad de aquéllos, pues las tales pinturas no eran sino devotas imágenes...

«Suele decirse con razón, que nada hay más osado que la ignorancia, pero á veces no le va en zaga la erudición, cuando trata de determinar fijamente, no sólo el uso á que estaba destinado cada edificio pompeyano, sino también el nombre y circunstancias de su dueño ó inquilino; pues en Pompeya lo que se presenta exteriormente, casi como dato exclusivo al efecto, son muchas tiendas con mostradores de mampostería revestidos de mármol ó estuco, y en ellos empo-

tradas tinajas de todos tamaños; muchas tahonas con sus correspondientes molinos de lava petrificada, y á veces, cuando no hay tienda ni tahona, sino pared lisa, un par de serpientes pintadas, que, según la opinión más admitida, la defendían de los embates mingitorios de los transeuntes. En el interior de las casas apenas se distingue rastro de chimenea, lo cual hace suponer que el uso de anafes y braseros era general, mientras que no parece que ciertos aposentos que los habitantes de Madrid consideraban excusados hasta que *velis nolis* vino á imponérselos un rey napolitano, merecieron tal dictado entre los de Pompeya...

»Desde la unificación ó unidad italiana se ha comenzado á desenterrar ordenadamente toda la ciudad, en la cual se hallan empleadas, por término medio, cien personas que, según cálculo aproximado, necesitan aún setenta años de no interrumpido trabajo para descubrir el resto que falta, que viene á ser los dos tercios, central y oriental, de lo contenido dentro del recinto.

»Lytton Bulwer pinta á los ciudadanos de Pompeya en los últimos días (*The Last Days*), no como eran, sino como debían haber sido, para poder ser presentados con decencia diez y ocho siglos después, ante una numerosa familia de *young misses and gentlemen*, cuyos respetables progenitores no se achispasen de ordinario más que jueves y domingos; pero, aun así, y á pesar de su mucha fantasía, el novelista inglés, por lo ameno y entretenido de su estilo, es incomparablemente preferible en todos conceptos á los italianos, de quienes yo tengo noticia, que han escrito sobre el mismo asunto; los cuales, á pesados y mentecatos, pueden competir con los españoles, que hasta ahora han publicado indigestos estudios acerca del vascuence. Sin duda, esto deberá ser por tener alguna relación con aquello de que nadie es profeta en su patria...

»Al fin me encuentro en la estación en compañía de mucha gente marinera angloamericana, asediado por un enjambre de vendedores que alegan como incontrovertible derecho para que sobre la marcha se le compre incondicionalmente su, por lo general, inútil mercancía, el que, merced á

la pródiga Naturaleza y á la reconocida fecundidad de su respectiva mujer, se hallan dotados de una numerosa y siempre famélica prole. Sin embargo, como yo, además de no tener arte ni parte en ello, no considero esas circunstancias cual un mérito, y mucho menos como una desdicha inmerecida, me sacudo incontinentemente de ellos, enviándolos á paseo con sus peines, pipas, rosarios y muñecos, y aun, si me aprietan el taco, con sus mujeres, sus hijos y toda su parentela.

«Llega el tren de Scafati, ¡Pronti! ¡Partenza! Ya vamos andando.»

La narración del viaje por Andalucía es más curiosa y entretenida, por las picantes alusiones á personas que figuran en la literatura ó en la política contemporánea, revueltas con los héroes legendarios y con los tipos de la plebe. Puede colocarse en la clasificación de las memorias íntimas que tanto escasean en nuestra literatura y que tan útiles son al conocimiento de las costumbres. Murga describe las habitaciones, mobiliario, luces, escaleras y hasta hace estudio comparativo de las campanillas y de aquellos aposentos reservados que ahora tienen cabida en el sistema decimal por la numeración. Observa con lástima la desaparición de trajes provinciales, que el algodón y el fieltro van uniformando; por rareza encuentra un zara-güelle en Murcia, y vanamente busca pañolones, calañés, patillas de chuleta, flores en el moño, marsellés remendado de colores en Andalucía; ni siquiera las calesas con los mozos notables por la *filohípia* con que las conducían, existen. ¡Qué variación, qué cambio en el intervalo de treinta años, en ferias, ventorrillos y aguaduchos! el hongo y la boína van cubriendo las cabezas de los hombres del pueblo por do quiera.

A propósito enseña que no es la boína originaria de Vizcaya, como vulgarmente se estima. Vino de Escocia con el nombre que allí tiene; se aclimató en el ultra-pirineo y lo pasó, sustituyendo á los *chanos*, las monteras, los pañuelos aturbantados y los sombreros que él conoció en la infancia.

Saltando hojas á capricho, véase cómo pinta á los compañeros que la suerte le depara en el viaje:

«Salida de Madrid. Tomo el billete, escojo wagón. Temo

que voy á ir solo. Me engaño. Invasión de bárbaros del Norte: entre ellos viene uno que quiere hablar francés, y que padece de *strabismus horridus*, es decir, que lastima el mirarlo, pues mientras con un ojo sigue la marcha del ejército inglés por el Afghánistán, con el otro inspecciona las pesquerías de lobos en la costa occidental patagónica. Desde luego podemos llamarlo Mister Beescough. Viene, al parecer, de empresario de una carretada de institutrices alemanas é irlandesas, todas ellas de poco pelo. La Gran Bretaña se apodera del wagón. Suena la trompa, y rápido se desliza el tren.

«*Pinto*. Célebre por su fábrica de chocolate, de poco cacao y mucha bellota, según los murmuradores, y por su torre de la Reina, que si se refiere á D.^a Blanca de Borbón, como aseguran, me hace sospechar si esta interesante señora tomaría abono de encerrona para todas las fortalezas que se alzaban en los reinos de su escamado y desamorado esposo. Mr. Beescough se encasqueta un gorro azul anilina *scotch fashion*.

«Breve parada en un descampado para que la máquina tome agua. Las hijas de las islas británicas bajan á hacerlas.»

En otro trayecto va en compañía de un español dormilón y de un francés de Metz, «que viajan *pour son agrément* y para consolarse de las vicisitudes de su patria, que ha pasado al dominio del Emperador Guillermo. Tiene las nueve cuartas, ha corrido la Italia, el Egipto, *Tunis, l'Algerie* y ahora *l'Espagne*; y sin embargo, *pas de consolation, il a perdu sa patrie, il a perdu sa nationalité!* Destapo una botellita de oloroso, doy una copa al español y otra al francés, y ¡oh mágico efecto! el francés cree divisar su patria perdida y el español cesa de dormir. Se entabla una conversación triangular en francés, y para coronar la fiesta se abre la segunda botella. En resumen, el francés, tan había hallado su patria, que clamaba aunque fuera por una nacionalidad de cuarta clase en la tierra que daba aquel vino, mientras que el español había perdido de tal manera la suya que en vez de apearse antes de Antequera, no lo hizo hasta llegar á la Peña de los Enamorado, y aun allí no lo hubiera hecho á no verme arrojar el último casco vacío.»

Más afortunado, otra vez se sienta al lado de un X barbudo y hablador, y enfrente de Elena y Enriqueta.

«Enriqueta parece bien con su saya negra, verde mantón y blanca nube; tiene un pie precioso (*oculi mei*). Elena es de pelaje indefinido, pero bueno; pie muy bonito, calzado como se merece. Es andaluza y viene de Pamplona. Simpatizamos. Me ofrecen una salchicha, con la que infestan el coche. ¡Parece mentira que una boca tan bonita coma cosa tan hedionda! Amanece con mucho fresco y con los caloríferos fríos, porque, según la científica y minuciosa explicación de un empleado del ferrocarril, el agua de los últimos caloríferos, como es ya la del fondo de la caldera, nunca puede estar tan caliente como la de la superficie. Elena se despierta con dos soles que ni los dobles de Flammarión.

«Menjíbar. Invasión de viajeros tuertos. Menjíbar indudablemente produce tuertos. Tuertos por babor, tuertos por estribor, y además en la portezuela un tuerto forastero con un gran cinto erizado de navajas enormes y toscos puñales, productos de la industria de la tierra. Cada tuerto dirige su único y exclusivo ojo á Elena, como VV. pueden suponer.»

También bosqueja los comensales en las fondas, aplicándoles, desde el momento, nombre adecuado á la figura ó traje, y calculando, con no menos prontitud, la vida y milagros de cada uno, por lo que les oye. Sirvan estos ejemplos del hotel de los Siete Suelos, en Granada:

«Mr. Andthe, nacido en Boston, la Athenas americana, hace más de un año que no se separa de la Alhambra; se dedica á pasear, y dice que habla francés y español. De lo primero da testimonio, expresando que *Di Bosc som de premiò joviton del Espayn*, que yo calculo quería decir, *Les Basques sont les premiers habitans de l'Espagne*. En cuanto á lo segundo no cabe duda porque los *peteneros* son su canción favorita, y tararea:

«Ya te dicha que no voyo
á la misa que ya va;
ya noreza, tú norezo,
ninia de mi carrasoó.
Ya noreza, tú norezo,
ni estamos con devocioó.

»Mis Cantabile, á la que *tourne les feuilles*, el bostoniano cuando canta, es una joven sajona, de pelo negro, corto, partido por la mitad; traje negro, con mangas abullonadas, y cara de *phoca australis*, pero no desagradable.

»Enfrente se sienta la personificación del anticuario de Walter Scott, que viaja en busca de curiosidades, así como otros dos hermanos que tiene, lo hacen respectivamente en busca de pinturas y de mariposas. Ha recorrido minuciosamente la América del Norte y casi toda la Europa; está decidido á recorrer las cuatro partes del mundo, y en su *residencia*, á orillas del Loch Laghan, tiene un gran museo, en el que, entre un sin fin de preciosidades, se encuentran, por supuesto con su correspondiente auténtica, la mitad de la cuchara con que Marco Antonio comió sopas de ajo, la vispera de la batalla de Accio; tres clavos de una de las herraduras del caballo de Atila, y la peladilla de arroyo con que los suyos saludaron á Motezuma, por haber entrado en tratos con frailes y letrados.

»Una pareja hermosa sigue. El es nada menos que S. A. el Príncipe Karl de Butterwurzelberg-Trinkenwaldenbungen, heredero frustrado de su papá el Príncipe de id. id., á quien Bismark, en compensación de un vasto territorio de casi diez millones de milímetros cuadrados de que lo había desposeído á orillas del Báltico, hubiera ofrecido un flamante reinecillo expresamente *confeccionado* para él con unas cuantas tajadas de república hispano-americana, si nuestro pariente ó semi-pariente Benito, que no estaba en escena y á quien nadie había dado vela para aquel entierro, no hubiera salido con la pata de gallo de fusilar á Max, deshaciendo así todas las combinaciones del gran Canciller, y lo que es peor, dejándolo envuelto en Príncipes cesantes incolocables. Ella es, ni un punto más, ni un punto menos que S. A. la Princesa María, Margarita, Sofía, Luisa, Amalia, Carolina, Augusta de Rothenklippenhoff-Brandenweinenbruk, hija del ilustre *marcgrave* de Kirschenwassersthalstein, uno de los más denodados campeones de las libertades del Deutschland.

»Esta pareja ha seguido las huellas del Príncipe de Gales en su excursión indo-económica, y aún lo ha excedido co-

riéndose al Sur hasta la *Terra australis incognita* de Quirós, país menos propicio aún que América, para Príncipes reinantes ó reinadores; ha perseguido la gacela en las nevadas crestas de las montañas de Nepal; ha desviado con tiro certero el salto terrible del anuloso tigre en la sofocante espesura de los llanos de Bengala; se ha codeado con los cocodrilos sagrados en las cenagosas aguas del religioso Ganges; ha escalado los más altos monumentos de la soberbia Delhi, y siempre en pos de nuevas emociones, pasando á la patria de los eucaliptos, ha sorprendido al rabudo Kangarú en las orillas del Murray; ha bordeado en la anchurosa y borrascosa George Street de Sidney y ha residido en un lindo *cottage* del Woolloomoolloo, de donde con rumbo á Hamburgo por las pirámides de Egipto y la Alhambra, ha dado en la fonda de los Siete Suelos, en la cual se lamenta de que habiendo venido á ver *the sigts of Granada*, se lo impidan el frío y la lluvia de consuno.

»El Príncipe está enamorado de su mujer, y hace bien; habla italiano castellanizado; la Princesa inglés salpicado de italiano, y un servidor de VV. un misto incalificable con gran dosis de alemán que excita la hilaridad de la Princesa. Me piden noticias de Jerez, de cuya batalla y de cuyo vino tienen noticias, y con cuya memoria se relamen. El Príncipe casi envidia la suerte de los vencidos godos á quienes se figura casco en mano ahogando la vergüenza de su derrota en jerezano licor y se burla de la poca *potabilidad* del Duque de Clarence, que fué á ahogarse en un simple tonel de malvasía...

»Me ha contado que esta mañana, estando asomado á la ventana, se acercó uno de los muchos chiquillos vagabundos que hacen continua guardia á la fonda y le pidió un *xabeco*, á lo que el Príncipe, que es enemigo de la molesta manía de pedir, contestó, extendiendo la mano, *geh perché tu stesso non me donnas á me un ciabeco?* No había concluído la palabra, cuando saliendo veloz de harapiiento bolsillo y describiendo rápido parabólica trayectoria un conocido moruno, de bronceada tez, en que se dibujaba la simbólica estrella de Cartago, cayó en la extendida palma del admirado Príncipe. Yo,

al escuchar la relación de este rasgo de hidalguía castellana, dijo al Príncipe: *Eccovi, eccovi un tratto della galanteria del popolo spagnuolo!*

«Entran recién llegados que componen una trinidad: marido joven con facha de brocha de betún graso; mujer de cierta edad con aspecto de *lantucá* cerrado, y secretario ó mayordomo con aire de mariscal de población. *Brocha botánica* y *lantucá cerrado* han venido de la Habana con Martínez Campos. *Brocha botánica* no es licenciado de Cuba (lo creo; de lo que debe ser licenciado es de bodega). Viajan por *destruirse*. A él no se la pega nadie; porque él no es como esos licenciados... (Yo creo que me tiene por sospechoso, y que eso lo dice por si acaso. De lo que él debe tener cuidado es de no entrar ni por broma en ningún salón de limpia botas, porque si entra, de seguro lo meten en algún tarro de betún.)»

Más adelante añade:

«¡Mi ojo marino no me había engañado! Conocen los mozos al mariscal, que efectivamente es de población, y que después de haber ejercido y de haberse perfeccionado en la gramática parda, en la cual mereció la nota de sobresaliente por las academias más célebres, se retiró á una fonda de Sevilla donde desempeña las funciones de *courrier*, y donde los señores de Brocha le han tomado para que los guie é ilumine por este caos de *tomadores* y *timadores*. Gana tres duros diarios, casa y mesa; sirve de intérprete, batidor y escampavía; desempeña las funciones de consejero, preceptor y secretario, y en caso necesario serviría lo mismo para sacarles una muela como para herrarlos á fuego.

«El señor de Brocha es algo bruto; ¡tampoco me había equivocado! Tiene no sé cuántos miles de duros de renta; viene de una ciudad de la Habana que no saben los camareños cómo se llama; siguiendo los consejos de sus paisanos, así que ha llegado á Cádiz ha tomado el tren de Sevilla, donde le han proporcionado ese *courrier* (es el término fondestico), al cual envía por delante á prepararles alojamiento, y avisarles si hay morbs en la costa, entendiendo por moro todo el que hable castellano y no jure que Filipinas está en

la Habana. Viaja por deslumbrar á los hijos de *Belay-er-Rumi*, que ya sabe que así llamaban á D. Pelayo, su antepasado, los antepasados de los que fundaron la Alhambra; le gusta la sociedad extranjera, especialmente la de los *mericanos*, lo cual no obsta para que su exclusivo lenguaje se parezca bastante al gallego con algunas salpicaduras de agí, malamga y quimbombó. Piensa edificar un palacio morisco á orillas del Eu, Avia ó Sella.

»Madama Brocha no siempre fué *en-tout-cas plissé*; tuvo también su época en que hubiéramos podido llamarla *ombre-lle épanouie*: hija única de un discípulo de Esculapio, que ejercía su arte en una de esas *rivas*, creció cándida como la azucena, suave como la malva, fresca como la lechuga; desechó el amoroso afán de varios mancebos de botica, porque sus pensamientos se elevaban muy por encima de la tintura de mirra y del extracto de orozuz; y cuando descabezaba ya el sexto lustro, encontró su media naranja en D. Cirilo, persona formal, alta, delgada y avellanada, que con su luciente levita prieta de alpaca, su jipijapa de increíble precio, y sobre todo sus zapatos de ante con cintas verdes, era el sueño y quitasueño de cuanta doncella atrasada y viuda no conforme, paseaba las asturianas vegas.

»D. Cirilo, que yo calculo que tenía alguna tienda mista allá por la Vuelta de Abajo, era un acérrimo defensor de la integridad nacional, que dejando allí á su socio, había venido á reconocer el terreno y á conocer á sus pocos parientes, que se multiplicaban con su presencia y á quienes fácilmente convenció de que en la *Mérica* que él conocía no se daba el árbol de los fideos, y que de la caña no salía directamente la azúcar partida en cuadrados, pero á quienes le fué imposible persuadir de que un *habanero*, que era, como con gran satisfacción de él lo llamaban, no fuese capaz de sacar una onza de oro siempre que le diese la gana de hacerlo, metiendo el índice y pulgar derechos en el bolsillo del chaleco. Aburrido de esto, lió los trastos, recogió su mujer, y acompañado de su sobrino, mozo peludo por fuera y mantecoso por dentro, que sabía que las cuatro reglas consistían en sumar y multiplicar lo propio y restar y dividir lo del prójimo,

se embarcó en la Coruña y dió con todo ello en el muelle de Caballería, de donde pasó á una vega de las inmediaciones de Pinar del Río, y después de iniciar á su sobrino en múltiples negocios, tuvo á bien pasar á mejor vida dejando todos los activos y pasivos á D.^a Paulina, quien luego de llorado suficientemente olvidó lo seco y avellanado del difunto por lo aguacatoso del sobrino vivo, que aunque zafio y tosco, era de la madera de que se hacen los marqueses, en uno de los cuales pensaba verlo convertido antes de mucho, aunque no fuese más que por dar en los hocicos á cierta gente de su pueblo.»

De estos esbozos hay abundancia en las memorias, sobresaliendo los de gitanos, *mozos cruos* y otra gente de calidad que Murga se complacía en hacer hablar largo, utilizando los antagonismos ó rivalidades de pueblo á pueblo, de que ha sacado gran partido, aplicando á la historia de cada uno lo que por la particular de los individuos puede conjeturarse. El personal de comedor y cocina no se escapa tampoco á su investigación, cuyo resultado de utilidad general es la experiencia de que en todas las fondas se ejecutan *ritornellos* sobre el conocido tema *Aux Pommes de Terre* ó el de *merluzzo*, merluza, *merlan*, pescada y pescadilla.

Nota con indignación la *aprietomanía* ó temor de no encontrar superficie en el planeta, que parece haberse apoderado de la generación presente. En todas partes gana partidarios el sistema de concentración y superposición que condena á vivos y muertos á estrecharse y acomodarse sin luz, sin aire, sin árboles, abstracción hecha de los tubos capilares llamados patios, de algunos cipreses más ó menos martirizados y geométricos, y de tiestos de *evónimus* necesitados de *hierro Brazaís*. Del contagio no se han librado siquiera los eremitas de Córdoba, que allí en la Sierra tienen la ocurrencia de hacerse enterrar en nichos. Así mientras los españoles caminamos al ideal de los caseros, de llegar á componer un alfajor municipal, se construyen habitaciones como la que ocupó en el Hotel Victoria, de Málaga, que era del tenor siguiente:

«Entro por la noche en mi camarote; reina en la casa silencio sepulcral; sin embargo, oigo á mi lado unos *ruidos*

análogos á los que sobresaltaron á D. Quijote en la madrugada de la aventura de los batanes; registro debajo de la cama, la cómoda y hasta el cajón de la mesa de noche, todo inútilmente; empiezo á creer que hay duendes, cuando unos exténtóreos ronquidos me dan á conocer que no hay más duende que mi vecino, cuyos pensamientos estoy en disposición de oír, gracias á las propiedades acústicas del tabique que nos separa, lo cual no deja de ser divertido. Por la mañana temprano, el de la derecha, que por lo visto se va, me entería de los caprichos de Juliana, del parto de Juana, del noviazgo de Perico, de la camisa que le falta, todas cosas muy interesantes, y cuando después de mucho taconeó, ruido y conversación, creía yo haber entrado en un período de calma, una animada discusión me precisa á ponerme inmediatamente de punta y á pensar en mudarme, puesto que aquello es vivir en la oreja de Dionisio. Tiento el tabique por mi cuarto; es tabla empapelada; voy al que fué de mi vecino el doble roncador, el tabique es de lienzo igualmente empapelado; de manera que entre la tabla y el lienzo queda una especie de caja sonora que hace que lo de un cuarto se oiga en el otro mejor que si no hubiera nada intermedio. Ahí ven VV.; si el inventor universal, el sordo Edison, que pasó tantos años antes que la casualidad de ponerse á tentar la copa del sombrero le inspirase la idea del teléfono, hubiese sido aficionado á las pasas y se hubiese dado una vuelta por Málaga y los camarotes de su Victoria hotel, la humanidad no hubiese estado privada tanto tiempo del provechoso invento.*

En la necesidad de abreviar, resumo el juicio que hace de las poblaciones.

Córdoba sobresale por la extremada policía domiciliaria; todo parece recién pintado, recién encalado y recién aljofifado; no le exceden los *dorjes* de Amsterdán.

Sevilla tiene lindos patios: no hay en Madrid jardines parecidos desde que el *elephas primigenius* dejó de pasearse por los bosques de *equiseta gigantea* que cubrían la actual plaza de Oriente.

Jerez salta de limpio, en lo particular, de un modo incon-

cebible para los nueve décimos de los castellanos españoles. Es tierra del vino, de los caballos y de las mujeres, tres cosas que, según los moros, pierden á los hombres. La descripción de las bodegas y de la Cartuja es digna de mención.

Cádiz decae: las calles tienen puestos nombres distintos de los que les dan sus habitantes, sin duda por embromar á los forasteros: las tiendas de montañés no son sombra de lo que fueron, aunque continúa sirviéndose en ellas *cabritiya*, *pesca-diya*, *cañaiya*, *rosquiya* y *manzaniya* sobre mantel propio para pescar camarones, con tenedores y cuchillos que en los efectos compiten con la espada de Bernardo. En cambio en lo que fué Apolo ¡qué de *veloses*, de *gases*, de *cafeses*, y de *jembras meneando los pieses*!

San Fernando ha prosperado. Hay gran mejora en el piso, sobre todo en la calle del Rosario; aquel rosario que debía tener cincuenta dieces sin las letanías.

En Medina Sidonia reseña la casa y la hospitalidad del Dr. Thebussem, sin echar en saco roto la huerta de Segarra, vulgar Cigarra.

Siguiendo al Puerto, Sanlúcar, Loja, Antequera, Alora, los Gaitanes, ve lo que nadie ha visto, refiere lo que nadie ha relatado; la mar de historias y chascarrillos, digresiones geológicas, pedreas de muchachos, cuentos de moros, recuerdos de cierto D. Ramón que no tenía pelo de nada sino de su peluquín; de un rubio de la ciudad por donde sale el sol; de un poeta y ex-ministro catalán; del gran Kan-Obbás, alternando con los nacionales los extranjeros que los periódicos sancan á colación. Hallándose en la ciudad del TANTO MONTA en los días en que se verificó el último cónclave, inserta en los apuntes:

«Leo que el Cardenal Pecci tiene aspecto imponente y paréceme que los romanos no dejan de ser chuscos, pues que al saber la exaltación al Pontificado, murmuraban: *Non volevate del PANEBIANCO eccovi dunque dei PECCI*;» que es como si aquí dijéramos: «No queríais *pan blanco* ¿eh? pues tomad *melocotones*.»

Á las mujeres ofrece merecido y galantísimo homenaje, y

por no repetirlo, pone en cabeza de capítulo la siguiente advertencia:

«Así como en el *Anuario de la Dirección de Hidrografía*, siempre que se trata de longitudes se suponen contadas desde San Fernando, mientras expresamente no se diga otra cosa, así en esta tierra y sus alrededores siempre que se hable de *jembras* de quince á cuarenta, es decir, que estén en la edad de tomar las armas, se ha de entender que son aceptables si terminantemente no se expresa lo contrario, porque es de notar que, tratándose de andaluzas, la no admisible es *rara avis natans in gurgite vasto*.»

De todo esto tengo que prescindir, pasando de largo, por tomar como muestra final algo de lo que refiere de Granada, por donde de lo demás se juzgue.

«Granada, dice, tiene magníficos edificios que se levantan de un basurero: aquello no es Andalucía, es una mezcla de todas las provincias que pertenecían al reino de Castilla al tiempo de la conquista; así es que hay un poco de Andalucía, otro de Murcia, mucho de Galicia, bastante de la Mancha y no poco de Vizcaya; todo ello igualado por el olvido de las propiedades detergentes del agua que brota hasta del empedrado, por la cristiana costumbre de tener cochinos apiolados á la puerta de la casa, á fin de alejar toda sospecha; por el aborrecimiento de la *aljofifa* hasta en su nombre y por la fabricación de aguas de todas clases. Actualmente se está formando en el suelo otro terreno parecido en su dibujo al de los *glaciales* y en su consistencia no muy desemejante á los *kökingmoddings*, el cual dará mucho que hacer á los futuros geólogos si causas imprevistas no lo desbaratan, pues por regla general toda calle ó camino tiene por medio un manso arroyo de negro calamar, que se alimenta de delgados hilos que destila la parte inferior de cada casa, y además por una banda y otra pegada á la pared, se ve y huele en ella una no interrumpida serie de *coprolitos* en embrión, cuyo número está en razón inversa del de puertas; es decir, que á más puertas menos *coprolitos* (1), pero más caudaloso arroyo y

(1) No supo que los granadinos los llaman *jarrines*.

viceversa. Los *kökingmoddings* refuerzan á veces los depósitos central y lateral; pero donde suelen adquirir todo su desarrollo, mientras alguna partida de cochinos ó piadoso colector de basura no intervenga, es en los ángulos triedros, zanja abiertas, solares, etc., donde sólo en cáscaras de naranja, peladuras de higos chumbos, tiestos de puchero y zapatos sin suela, tapa ni tacón, suele haber una futura riqueza geo-arqueológica. Hay calles anchas y de centro convexo, que tienen el privilegio de dar curso á dos arroyos morenillos y aromáticos, uno á cada lado, en lugar del único en el centro, pues jamás han conocido madre, madrina ni madrona.

»En cambio hay abundancia de agua muy buena por todas partes, menos en las fuentes y sitios, al parecer destinados á ella, cuyos pilares, pilas ó depósitos suelen contener objetos raros, más ó menos secos, ó si acaso exigua cantidad líquida, de la consistencia y propiedades de aquella con que querían lavar las barbas á Sancho en casa del Duque.

»Los nombres de las calles están generalmente en abreviatura, en un pequeño azulejo, sobre el cual se pegan los carteles y otras cosas. A cualquier hora se sacuden esteras, alfombras ó vestidos desde el balcón, ó se arrojan aguas, y hay casas que *sallan* un pescante ó botalón, y cuelgan toda clase de paños, más ó menos chorreantes y pingantes.

»Entre las varias libertades de que se goza en esta ciudad, es la del peinado y matanza al sol. Ni peinadas ni peinadoras, ni los perros, borricos, gallinas y chiquillos se extrañan de ver forasteros; las primeras miran, los segundos se separan, los cerdos se bañan en la nigrítina que la solicitud municipal les depara, y los chicos piden un *chavico*.

»El Ayuntamiento granadino, en lugar de lavar la cara al señor Dauro y dejarlo correr con ella limpia por entre dos verdes escarpes ó ribazos, ha echado sobre él un velo, porque de esta manera gana una gran extensión superficial que, como VV. pueden figurarse, será terreno para levantar las conabidas torres en que nos enjaulan.

»¡Oh manes del gallardo Osmín! ¡Aquí, al pie de esta ventana, donde tú, pulsando la guzla, tan enamorado como impaciente esperabas que la rosada mano de tu prometida

Gulnara, asomando apenas detrás de la celosía, te dejara caer una blanca flor de azahar, como premio á tus afanes; hoy un cerdoso cuadrúpedo, cuyos inmundos jamones prohibió el Profeta, previendo en su sabiduría infinita la futura *triquina*, gruñe amarrado á la pihuela, en la expectativa de que las mugrientas manos de alguna Tomasa le viertan encima la espuerta de la basura! ¡Nobles abencerrajes! ¡Solapados cegries! ¡Valientes gomeles! ¡Discretos Venegas! ¡Apagad, apagad, y vámonos!»

Dicho y hecho: vase de las calles á la Cartuja, cuya iglesia y blanquísima nave, por lo bien rizada y encañonada, puede servir de pechera á Frascuelo; á la catedral, donde lee el edicto: *Nadie se pasee, hable con mujeres, ni esté en corrillos en estas naves, pena de excomunión y dos ducados para obras pías*; va todos los días y aun las noches á la Alhambra, comentando, ilustrando y ampliando á Hernando de Baeza, Ginés Pérez de Hita, Diego Hurtado de Mendoza, Luis del Mármol Carvajal, Wáshington Irving y hasta al poeta Zorrilla, sin perdonar su salada crítica el libro moderno de Contreras. Examina el palacio, que titula cocina económica de Carlos el de Gante, y los pegotes puestos al alcázar de los Nazaritas. Dejémosle explicar:

«Contemplo un indiferente patio, en cuyo frente meridional se ve una reja abalconada ó balcón enrejado que, según unos, daba al guarda-joyas de D.^a Juana, y según otros servía para guardar á la misma Reina, apellidada la Loca, á causa de su excesivo amor conyugal, por los mismos que si lo hubiera pospuesto á otros amores, hubieran dicho de ella que era una loca. ¡Vean VV. si es fácil atinar! Sigo mi camino por dicho corredor moderno, aunque con columnas árabes; llego al antecomedor de Carlos V, sala con chimenea, por estilo de algunas que he visto en Medina del Campo, y como ya voy siendo de casa y conociendo los rincones, cojo tras de la puerta del corredor una llave de fabricación española y abro la puerta de lo que fué *mihrab*, es decir, un sitio abierto al Oriente, en el cual los Sultanes, que por lo visto era gente madrugadora, esperaba la salida del sol y murmuraba la oración matutina, y de lo que más tarde fué

peinador de la Reina D.^{na} Isabel Farnesio, si mal no me acuerdo.

«Dicho *mihrab*, al que ahora no conocería la madre que lo parió, era el tope de un esbelto minarete ó alminar completamente aislado y coronado por un lindo templete con agudas almenas; pero vino, según parece, Madama Felipe V y quiso también peinarse al sol, y con buenas vistas, para lo cual empezó por ponerlo en comunicación con las habitaciones de D.^a Juana la Loca, como hemos visto; pasó luego á medio rellenar los ajimeces; siguió remontando las almenas; continuó exornando lo que fué templete con pinturas pompeyanas y marinas; coronó su obra con un tejadito, y finalmente, para que nada faltara, y para entretenimiento de los futuros arqueólogos, puso en el rincón SO. exterior una blanca marmórea losa, llena de agujeritos, que comunican con un tubo, por el cual, según unos, subían flúidos compresibles, y según otros, bajaban flúidos incompresibles, si bien todos están conformes en que ya fuera suspirador aromático ó sumidor mingitorio, dicha augusta señora solía cobijarlo á menudo bajo su guarda-infante.

Este tocador ó peinador de la Reina, desde el cual se descubren las casas de Albaicín, las murallas árabes del Obispo andante D. Gonzalo, el barrio del Hajariz, multitud de cármenes y de tunales, la ermita de San Miguel, la alcazaba vieja, el Generalife, y al pie el aún cristalino Darro, fué durante largos años el sitio predilecto donde los que visitaban el alcázar y se sentían acometidos por esa fiebre de dejar su nombre á la posteridad, lo consignaban, ya grabándolo en el duro mármol, ya rayándolo en el mas dócil estuco, ya valiéndose de todos los medios que le sugería la sutileza del ingenio; así es como las columnas, las repisas y las pinturas que cubren las paredes, recuerdan claramente la visita de los López, los Garcías, los Pérez, los Jones, los Brown, los Smith, los Meyer, y otra multitud de personas conocidas, tanto nacionales como extranjeras...

«Si han descansado VV., bajemos y vamos á la torre de la Cautiva, que contiene una preciosa jaula, en que más de una castellana ha cantado, si es cierto lo que cuentan las his-

torias. Esta jaula, que deja muy atrás á las doradas, perdió en 1810 los artesonados, las puertas y el vestíbulo, merced al *elan* de nuestros traspirenaicos vecinos, y luego, durante muchos años, fué residencia del tío Miguel, que arrancaba los azulejos en que había versículos del Korán para aplicarlos á modo de cataplasma y con más ó menos éxito en muchas y variadas enfermedades, y que se comió las columnas de algunos arcos y ajimeces no se sabe cómo, pero á quien después de todo hay que agradecer el que no se hubiese metido á arqueólogo ni á buscador de tesoros.

»Cuéntase que una de tantas pájaras que con sus gorjeos animaron esta deslumbradora estancia, fué una D.^a Inés, procedente de una correría hecha en las orillas del Segura, á la cual enamoraba por lo fino un Mohamad, que bien podemos llamar Barbarrubia, puesto que, vista la predilección que su cautivadora cautiva mostraba hacia los rubios, había dado en enrubiarse con *alcatón* simple ó compuesto preconizado por los perfumistas de aquel tiempo. Como en este mundo no hay dicha completa, hé aquí que una noche en que cautivo y cautiva se hallaban sentados mano á mano y frente á frente, aunque á respetuosa distancia, y en que Mohamad, hecho un almíbar describía con frase elocuente la inextinguible llama de la pasión que lo devoraba, mientras D.^a Inés, de labio remangado, mirada torva y respuesta monosílaba, zurcía, á grandes rasgos, un rico pañizuelo que aquella misma mañana había desgarrado entre sus manos en un raptó, si no de verdadera, de *bien seante* indignación, un embozado se desliza por la honda cava hasta el pie de la torre, ocultando sus formas tras la sombra de un mal trabado y al parecer no mejor traído palafrén. El embozado arrima el oído á la pared como quien se pone á escuchar en poste telegráfico; oye rumor; es ella. Deja caer la capa; sube inmediatamente al abordaje por una pared lisa y tajada como la cara y la peña de Martos; se agarra á la columna del ajimez; entra bonitamente, sin ser visto ni sentido, y aplica de babor á estribor tan tremendo revés al amartelado, que le hace dar la volteleta, á tiempo que D.^a Inés, sobresaltada, levanta la cabeza, y exclamando ¡brutooo! se desmaya sobre

el brazo del intruso, que además de ser algo de lo dicho, era también su hermano Rodrigo, llegado á la estancia con tan buena intención como poca oportunidad. Rodrigo no pierde tiempo; la asegura en el brazo; retrocede al ajimez, se desliza con más facilidad que á la subida; monta á caballo; mete espuelas, y antes que Mohamad haya podido sacudirse el polvo y asomarse á gritar ¡perro cristiano! arranca, y ¡adiós moro! ¡Ponme un granito de sal en la cola! No dice la historia si D.^a Inés hubiese dicho lo mismo, aunque se sospecha que de buena gana hubiera mordido á su libertador.»

Al despedirse Murga de la ciudad de Boabdil, un empleado de la estación, mal lector y peor matemático, con calma imponderable factura el baul, bastante aligerado desde que salió de Madrid sin exceso de peso: sin embargo, acercándose, le dice al oído que en atención á que es un caballero, no ha querido cargarle *tres kilos* que sobran. «Gracias, contesta nuestro viajero en la misma forma; en atención á ser V. un hombre honrado, pienso aplicar el importe de los tres kilos á misas para bien de su ánima.» Con esto, regresando á Córdoba á la hora de la danza macabra, escribía:

«Pues señor, en Granada hay mucho que oler y mucho que estudiar.»



